cro, como un edificio que repentinamente se queda sin cimien-

"¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja! no sé por qué siempre he desconfiado de los que exageran las cosas, dijo Anita haciendo un movimiento gracioso de cabeza, y fijando una ardiente mirada en su novio.

"¿Y, cómo puedes asegurar, máscara preciosa, que hay exageración en mis palabras?

"¡Ah! ¡si tú pudieras comprender el fuego sagrado que circula por mis venas! ¡Si vieras mi corazón derretirse al impulso del torrente abrasador que emana de las divinas miradas del objeto que adoro, entonces, cruel máscara, me creerías....aun más.... tendrías compasión y envidia de mí!

"Desde luego me comprometo á creer lo que tú dices con tanto entusiasmo, aunque, á decir verdad, obra muy poco en tu favor que no se conmueva tu organismo al contacto magnético de la mirada que te acaricia en este instante. Pero, repito, que paso por todo, con tal de que no estemos perdiendo locamente el tiempo, dijo riendo D. Severo, y apretando el brazo de Carlos.

"¡Buen Dios! exclamó Carlos; ¿será posible que tan cerca me halle del objeto adorado, sin que mi corazón me lo haya anunciado? ¡Oh, si no tiene duda, el cielo me proteje! añadió, viendo que la cortinilla de la careta de Anita se levantaba con disimulo, dejando ver su preciosa boca, y su rosada barba con un hoyuelo encantador."

Channe stat as propose contain es elles

the west represented that the transfer of the state of th tien correspondido, y como nodelas do esta clase para un viog-

Hasta aqui llegaba de mi lectura, cuando se escuchó el pito de otro tren que caminaba en dirección encontrada con el nuestro. Todos los espíritus, llevados de una curiosidad natural, fijaron su atención por el lado donde debía pasar. Pronto lo vimos deslizarse como una exhalación: la locomotiva traía por delante iluminado por su parte interior, un mascarón trasparente, con grandes dientes y colmillos, ojos que despedian llamas, y grandes y retorcidos cuernos; ni más ni menos, que como los hombres pintan la Boca del Infierno. No sé si el gusto por esta

clase de adornos está extendido entre los diablos, ó bien, lo que parece más racional, los ponen por burlarse de los mortales.

A pesar de la rapidez con que pasó aquel tren, se pudo adver-

tir que iba cargado de pasajeros.

Pregunté à mi guia quiénes eran y à donde podian ir. Él me respondió que eran diablos y duendes, que iban á los planetas en comisión, y me animó con la esperanza de que yo podría también ir alguna vez, si lograba hacer carrera en el Infierno.

Tal noticia me halagó mucho, y hubiera querido imponerme á fondo del modo cómo podía hacerme de fama en el Infierno; pero crei que este deseo me sería fácil realizarlo después, mientras que si salía del wagón sin llegar al desenlace de las aventuras que contaba el travieso duende, tal vez encontraría dificultades á dar después con el precioso libro. Seguí, pues, mi lectura.

Yoya continuaba de esta manera:

"Carlos dió el brazo á Anita y las dos parejas continuaron en sabrosas pláticas; pero mientras Clara y D. Severo caminaban por los áridos campos del clásico Positivismo, Carlos y Anita, llevados en las doradas alas de fantásticas quimeras, volaban por las aéreas regiones del Romanticismo más exagerado.

"En seguida las parejas se separaron para bailar.

"Yo seguí á Clara, y como de la conversación de D. Severo, no pude menos que presagiar males para Pintó Pasos, corrí en busca de este joven que tanto me había simpatizado y de quien me

había declarado protector.

"Lo hallé pronta y oportunamente. Venía despechado del palco de D. Roque, donde había tenido un fuerte altercado, á consecuencia de las bromas que le dió á doña Ramona y á Carmelita. El resultado había sido que Pascual desafiara á Bullanga para el día siguiente.

"En la disposición de ánimo en que se hallaba mi protegido, me fué fácil persuadirlo de que debía retirarse á descansar, abandonando un lugar donde no encontraría mas que amarguras.

"Una vez decidido, bajó rapidamente las escaleras de los palcos, atravesó el patio exterior, el vestíbulo y el peristilo del teatro, y se dirigió al primer coche que encontró delante.

"Ea, caballero, ese coche es particular, dijo una voz avina-

grada.

"Eso no es inconveniente, replicó Pintó Pasos, no lo ocuparé mucho tiempo.

"¿Pero, y si salen los amos, señor amito? "Eso no es probable; todavía es demasiado temprano, apenas es la una, contestó Pintó Pasos mirando el reloj; por lo demás, no se ganan tan fácilmente un par de duros en un cuarto de hora.

"Vaya, señor amo, suba usted, pues.

"Un lacayo de elegante librea y guantes de ante, se apresuró á abrir la portezuela. Pintó Pasos se colocó en la testera del coche, el cochero subió al pescante y empuñó el látigo y las riendas.

"No acababa aún el lacayo de cerrar la portezuela y preguntar la dirección, cuando se acercaron dos máscaras con intención de subir al coche.

"¿Qué se ofrece, mascaritas? Este coche tiene dueño, dijo el lacayo interponiéndose entre la portezuela y las máscaras.

"Abre, Francisco, que yo soy el dueño del coche, replicó una voz vigorosa.

"Francisco se quedó frio.

"¿Qué sucede? gritó el cochero desde el pescante.

"Que aquí está el amo, contestó Francisco.

"Pues abre pronto, que los caballos se impacientan, dijo el cochero, calculando que Pintó Pasos saldría por la otra portezuela.

"Francisco, temblando, no se resolvia á abrir, fingia que la portezuela se habia apretado, para dar lugar al escape del que estaba adentro; pero mi heroe no creyó digno de él huir, y se arrelle nó en el fondo del coche esperando los acontecimientos.

"Al fin, la portezuela se abrió, dando paso á una linda máscara; yo, que no esperaba más que esto, me lancé sobre los caballos, que salieron al galope asustados con mi presencia, y el lacayo y el amo se quedaron con un palmo de narices, aguardando que el cochero dominaría los caballos y volvería con el coche al teatro. Como después vieron que los caballos tomaron al trote y el coche volteó por la primera de San Francisco, se acabaron de tranquilizar.

"Pero yo no perdia el tiempo: colocado en el pescante junto al cochero, hube de magnetizarlo, de modo que se durmió como una roca; y tomando las riendas, después de dar algunas vueltas para que se perdieran nuestras huellas, salí al paseo de Bucareli, tomé la calzada del Calvario, y me detuve detrás de las tapias del Tívoli Viejo, frente á la Iglesia de San Cosme, lugar propicio á toda clase de aventuras.

"Entre tanto, dentro del coche tampoco se perdía el tiempo. La máscara al encontrarse con un desconocido y sentir que los caballos partían, había caido medio desmayada en el asiento trasero.

"El bueno de Pintó Pasos, á fuer de caballero galante, ciñó con sus robustos brazos à la elegante joven por la flexible cintura, tal vez con la piadosa intención de sustraerla á los vaivenes terribles que daba el coche, parte por la velocidad con que caminaba, mucho más por los baches que suelen encontrarse en las calles de la capital.

"La joven pugnaba por desasirse de tan importuno cortesano, pero faltandole donde apoyarse, todos sus esfuerzos eran inútiles.

"Tranquilicese usted, señorita, le dijo Pintó Pasos: una casualidad me ha hecho hallarme en este carruaje, á la sazón que usted entró en él, pero soy caballero, y sólo tiene usted que esperar de mi atenciones y respetos.

"¡Dios mio! pensó la máscara, esa voz se parece á la de él, y luégo dijo en voz alta: caballero, confio en que usted se portarà bien, pero suélteme usted, y veamos cómo se conjura el peligro-

que nos amenaza.

"Pintó Pasos retiró suavemente sus brazos, y contestó á la máscara: Señorita, obedezco á usted; ya se halla completamente libre, pero le ruego que no tema, pues no nos amenaza ningún peligro: ya el cochero ha dominado los caballos, y pronto volverá usted con su familia.

"¡Pero, à donde vamos por aqui; nos vamos alejando del tea-

"No se inquiete usted, señorita, habrá tomado el cochero un rodeo para que los animales acaben de saciar su deseo de andar.

"No, señor; no, señor; esta ha de ser una abominable intriga, es

necesario pedir socorro.

"Ya se disponía la máscara á ejecutar su pensamiento, cuando la luz de un farol, penetrando en el coche, iluminó el semblante de Pascual, que había arrojado la careta.

"La voz de la joven espiró en su garganta cuando vió las fac-

ciones de su compañero de aventura.

"¡Pascual, dijo, ¿qué hacia usted en este coche? ¡digame usted

la verdad!

"Señorita, bajo mi palabra de honor, había suplicado al cochero que me llevara á casa, el cochero condescendió, y apenas monté, cuando hé aqui que usted llega, y empezamos á correr esta aventura que me parece interesante.

"No me engañe usted!

"¡Juro por mi honor, que he dicho la verdad; pero, ¿cómo es que usted me conoce?

"Porque es usted novio de una amiga mía.

"¿De una amiga de usted?

"Si, por cierto, de Clarita Bullanga.

"En efecto, no lo puedo negar, adoro á esa mujer, y sin embargo, ella no se decide á corresponderme.

"Es que no tiene confianza en el amor de usted.

"Hace mal, hace mal, yo la amo mucho; puede usted asegurarle que la adoro, que la idolatro, que no puedo vivir sin ella.

"¿Y si yo le amara á usted, caballero, todavía me suplicaría

que le fuera á decir todo eso?

"Pintó Pasos quedó estupefacto, sin saber qué responder, y como en estos caso el silencio y las acciones son más elocuentes que las palabras, permaneció largo rato sin desplegar los labios, tomó reverente la mano de aquella preciosa criatura, la llevó contra el corazón que le latía con violencia, y luego á la boca, imprimiéndole un beso prolongado, suave y respetuoso.

Alentado por el buen suceso, trató de desatar las cintas de

la careta de la bella desconocida.

"¡Quieto, Pintó Pasos! si es usted caballero, si estima en algo mi amor, si teme mi aborrecimiento y mi venganza, respete usted mi incógnito.

"Por Dios, bella máscara, no me prives del placer dulcísimo de

contemplar tu hechicero rostro."

"Jamás, Pintó Pasos, no insista usted en una cosa que á realizarse, pondría entre los dos una barrera que nunca podriamos franquear. ¿No he hecho lo bastante con descubrir à usted un secreto, que debería morir conmigo? ¿No está usted satisfecho de saber que una mujer lo adora? ¿Es preciso todavia que esa mujer sacrifique su porvenir?

"Tienes razón, encantadora joven, soy un insensato, pero por piedad, ten compasión de mí, no rehuses mis caricias. Mira, estoy frenético, no sé lo que me pasa, porque todo el inmenso amor que me inspira Clara, lo siento ahora por tí. Diciendo esto

Pascual, abrazó lleno de efusión á la preciosa máscara.

"Pintó Pasos, exclamó la joven, tú sabes que soy feliz á tu lado, puesto que te he confesado mi amor, pero un silencio eterno debe cubrir esta aventura, júrame por tu honor y por el amor de Clara, que no tratarás nunca de descubrir quién soy; mira que de tu discreción depende mi porvenir y acaso mi dicha.

"Lo juro, contestó Pintó Pasos poniendo la mano derecha sobre el corazón y besando conmovido la frente de la joven, que

dejaba un poco descubierta la careta.

"Un cuarto de hora habría corrido, cuando un coche elegante

paró en una casita del Puente de Alvarado. Se apeó del vehículo un joyen, de cuyo brazo izquierdo pendía un dómino de seda, y con la mano derecha cerró la portezuela. Entonces una cabeza cubierta con un capuchón de raso, adornado con lazos, asomó por la ventanilla, y levantando con su diminuta mano la cortina del antifaz que cubria su rostro, presentó al joven una boquita encarnada y fresca. El joven, delirante de placer, saboreó un dulce, prolongado y ardiente beso.

"Después, los dos actores de esta escena muda, cambiaron un

apretón de manos.

"El coche echó á andar hacia la Mariscala, y el joven entró á la casita. Cuando después de acostarse apagó la vela y se arrebujó en su lecho, exclamó llenó de satisfacción. Esta ha sido la noche más feliz de mi vida!"

Mientras más avanzaba en la lectura del libro del duende. más pábulo daba á la llama de curiosidad en que se abrasaba mi cerebro. Estaba leyendo mi propia historia, historia que en la Tierra había quedado envuelta en las tinieblas. Me devoraba, pues, el deseo de saber quién había sido la bella desconocida, que encontré en el coche aquel inolvidable martes de carnaval.

Era tal la preocupación en que me hallaba, que no me apercibí que el tren había salido del túnel, y caminaba por una verde y risueña campiña, sembrada de árboles y caserios, que ilu-

Desgraciadamente, cuando más interesado iba en la lectura, paró el tren, y fue preciso abandonarlo, con el precioso libro de Yova.

Habíase detenido la locomotiva en una estación donde se alzaban varias casitas de madera elegantemente construidas y pintadas, cada una rodeada de un pequeño jardin.

Una de ellas era hotel. Tenía un salón espacioso, con su cantina, y sobre las mesas se veían esparcidos periódicos de todos

tamaños.

Me acerqué à leer sus títulos, que me sorprendieron agradablemente: "El Mensajero de Mercurio," "El Extraordinario de Marte," "El Noticioso de Venus," "El Telégrafo de Saturno," "El Ultra-Aéreo," "El Espacio," "La Eternidad," etc. Algunos tenían grabados, y daban noticia de los acontecimientos de los planetas, circunstancia que los hacía muy amenos, entretenidos é instructivos.

El diablo mi compañero, acercándose á mí, me reconvino por el abandono en que lo había dejado en el wagón. Yo le ofreci

ser más atento en lo sucesivo.

Me llevó en seguida á la cantina, y pidió dos copas de vino de júbilo, que nos sirvió una diablesa muy linda, vestida con una especie de bata carmesí, ceñida con un cinturón de charol negro, y que apenas bajaba de las rodillas, dejando ver unas piernas admirables, cubiertas de medias negras, y un lindísimo pié, calzado con un botín de raso, también carmesi.

El peinado que tenía la diáblesa, era muy sencillo, sujeto con tridentes de oro y adornado con estrellas del mismo metal, que

formaban como una de diadema.

Con una gracia encantadora ltenó las copas, y fijando en mí una mirada que no pude sostener, dijo riendo, mostrando una rica dentadura: este caballerito bien merece que se le sirva de este vino, porque según yo creo, aún no deja los recuerdos de su planeta.

Es cierto, contestó mi conductor, parece que por allá tuvo unos amores un poco estrafalarios, y como se encontró su historia en el libro de las aventuras de Yoya, se le han avivado los recuerdos.

¡Cómo! le dije sorprendido, ¿has leido tú ese libro? Toma, si lo sé de memoria, me contestó riendo. Entonces me contarás el fin de mi aventura.

Ya veremos si hay una oportunidad; por ahora, bebamos. A la salud de mi amigo Pintó Pasos, me dijo en voz baja, tocando mi copa.

A la tuya, diablo, pues no sé otro modo de nombrarte.

Yo me llamo Rufiano, para servirte.

Mucho gusto tengo de saber tu nombre, porque ya no te llamaré simplemente diablo, cosa que te confunde con los demás. Apenas vaciamos nuestras copas, cuando se oyó el pito de un tren que llegaba.

Vámonos, dijo Rufiano.

¿No toman antes otra copita? preguntó con cariño la diablesa. Vamos, sírvela pronto, y la tomaremos á tu salud.

La diablesa sirvió las copas, nosotros las apuramos, y nos despedimos cortesmente de la linda cantinera.

El tren llamaba á los viajeros. En los wagones se leia: "Segunda linea de Duenditania." work at accommodate and place in the property of subadorpolish

planetas, circonsessue in que jos trania entrepensos, outrosomidos

the distribution of the section of t

to about one on year to be his delignorous to see the second and the

ser más atento en lo succeivo en residente

## de y apparent de la VII.

Subí á un wagón y tomé asiento junto á un espíritu. Busqué à Rufiano para que me contase el desenlace de mi aventura, pero el bribón no estaba allí.

Entonces pedí al servicial el libro de Yoya, y me contestó que

no constaba en su catálogo.

Esta contrariedad hubiera producido en mí un humor horrible, pero el vino iba haciendo un efecto admirable. Yo reía, cantaba, me agitaba en el asiento y sentía unas espansiones de felicidad, como un muchacho de escuela á quien le dan suelta en una tarde de verano. Multitud de pensamientos, á cual más risueños, se extendían en mi cerebro, como un ejército que invade una llanura.

Lo que más halagaba mi corazón, era que sólo venían á mi mente los recuerdos de los sucesos felices de mi existencia terrenal.

Largo rato permaneci absorto en mis ideas, sin apercibirme de la marcha del tren, ni hacer caso del espíritu que caminaba á mi lado.

Este, al fin, cansado de mi indiferencia, me sacó de mi enagenación dándome una palmadita en el hombro: compañero, me dijo, ¿qué cosas buenas se ha encontrado en el Infierno que tan contento le traen?

Nada, le contesté, sino cierto vinillo que me hizo tomar mi conductor; y quedéme admirado contemplando á mi vecino que

tenía la facha más rara del mundo.

Su cara era sumamente pequeña y las facciones finas, pero la frente y toda la masa cerebral en extremo desarrolladas, de suerte, que el rostro vendría á ocupar la cuarta parte de la superficie de la cabeza. Los ojos rasgados, aunque muy poco abiertos, dejaban ver dos pupilas color de esmeralda, tan vivas y claras, que denotaban una grande inteligencia; las cejas delgadas, tendidas y prolongadas, eran de un rubio bastante subido; el pelo lo tenía corto y crespo, pocas pestañas, narices pequeñas y boludas en su extremidad, boca grande y labios delgados, la barba aguzada y saliente, sin bello ninguno, y la piel rubicunda por igual en todo el rostro.

El traje que vestía no era menos raro que el individuo. En